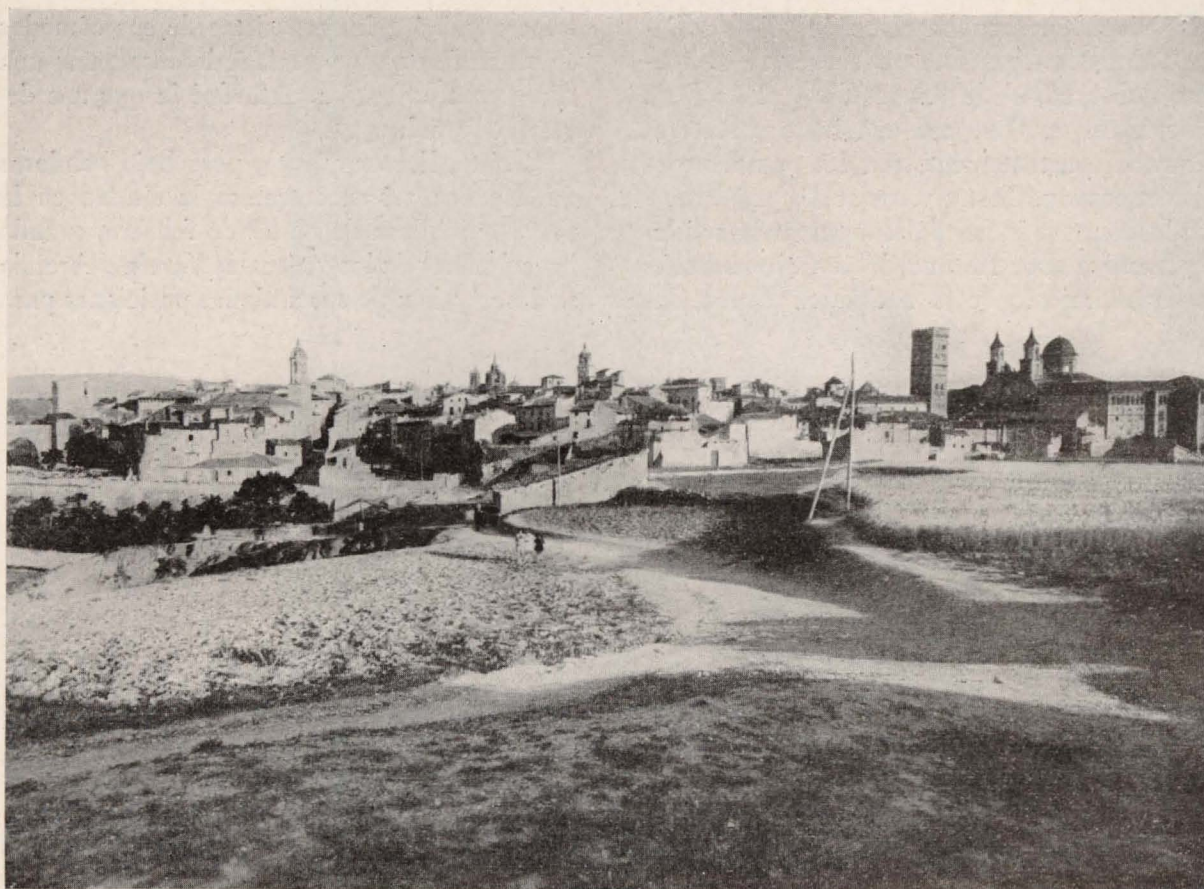




ULTIMA ESTAMPA DE TERUEL EN EL DÍA DE SU LIBERACIÓN

Recuerdo siempre la visión triste y angustiada del Teruel cautivo. Todas las mañanas asomábamos los ojos a aquel kilómetro 4 de la carretera, cerca del río Alfambra, que rodaba, manso y dulzón, bajo los fusiles de la gente nuestra. La ciudad surgía allá al fondo, enmarcada por una espesa neblina. La nieve que cayera abundante —luego sabríamos que aquellos grumos helados apagaron la sed de los prisioneros— cubría las calles y las casas. Así, el conjunto, tenía aire fantasmal. Daba miedo. Parecía como si la muerte hubiera prendido con las garras aterciopeladas del silencio en la soledad espantosa de unos palmos de terreno leales aún a España.

Las ruinas de los edificios aniquilados por la metralla marxista, recubiertas de aquel ropaje invernal, ofrecíanse como horribles muñones de un ser grotesco y deforme. Flores de humo negro, con estampido fuerte de explosiones, escalaban las fachadas mártires del Seminario y de las iglesias y se abrían, de vez en cuando, a izquierda y derecha de las torres mudéjares, esbeltas y bellas sobre aquel estruendo, cual si dirigieran aquella sinfonía de guerra.

Vino luego el paréntesis amargo. Pero la detención —aun cuando la ciudad se nos fuera allí mismo de las manos— apenas hizo mella en nuestra esperanza. Fueron días largos